

“La Diosa Madre”

p. 38-43

*Corazón de la tierra*

*La fiesta titular de los indios a Nuestra Madre  
y Señora Santa María Virgen de Guadalupe*

María del Carmen Vázquez Mantecón

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2020

198 p.

Figuras, mapas, planos, fotografías y cartas

(Historia General 40)

ISBN-978-607-30-3948-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 26 de septiembre del 2022

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/729/corazon\\_tierra.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/729/corazon_tierra.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2022, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

## LA DIOSA MADRE

El franciscano fray Bernardino de Sahagún escribía, hacia 1576, que había florecido “una devoción sospechosa” en el monte “que agora se llama Nuestra Señora de Guadalupe”, donde antiguamente, dijo, “tenían un templo dedicado a la madre de los dioses que la llamaban Tonantzin”. Culpó a “los predicadores” por haber sido los que aplicaron erróneamente esta voz para designar a “Nuestra Señora la Madre de Dios Sancta María”, debiendo en cambio nombrarla “Dios inantzin”. La desconfianza era porque, según él, en todas partes había iglesias a Nuestra Señora “y no van a ellas y vienen de ‘lexas’ tierras a esta Tonantzin como antiguamente”. Constata el franciscano la presencia de los indios y de sus ritos en la ermita al escribir, además, que no iban “por amor de los ídolos, sino por amor de la avaricia y del fausto porque las ofrendas que solían hacer no se pierdan”. Estaba seguro de que ese óbolo a los ídolos lo hacían también en muchos otros lugares, “con tisimulación de las fiestas que la iglesia celebra a Dios y a sus santos”.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Fray Bernardino de Sahagún, *Historia General...*, nota al libro XI, t. III, p. 1143-1146. Con respecto a otros cultos antiguos en el cerro de Tepeaquilla, fray Juan de Torquemada en el libro IV, capítulo LIII, v. 2, p. 169-70, refirió que cerca de la ciudad de México, en lo que “aora se llama Nuestra Señora de Guadalupe”, iba mucha gente a ofrecer sacrificios al dios Tláloc, “a quien llamaban Abundador de la Tierra y Patrón de los buenos temporales”. Incluyó luego (en el libro VI, capítulo XXIII, v. 3, p. 79-80), con base en lo dicho por Antonio de Herrera en su obra conocida como *Las Décadas*, una anécdota (para mi inverosímil), que ponía a Hernán Cortés a la altura del dios Tláloc. Escribió que en el tiempo en el que Cortés tenía prisionero a Moctezuma (año de 1520) e intentaba divulgarle la doctrina de un sólo y verdadero Dios, se presentaron ante el hispano muchos indios cargados con cañas y mazorcas secas, con el argumento de que, como él había menospreciado a sus dioses, éstos ya no mandaban la lluvia. En respuesta y para demostrarles que era sólo Dios el que podía dar o quitar los bienes temporales, les prometió que “de aquí a mañana lloverá” y que tendrían “el mejor año”. Convocó a sus “Compañeros” para que se doliesen de sus pecados, enmendaran su vida y oyeran misa “para suplicar juntos a Dios enviase agua”. Al día siguiente, acabado el



Esa preocupación por la idolatría aparecerá en importantes obras dominicas de los dos primeros decenios del siglo XVII, acá referida al “antiguo culto a los ídolos”, como *Camino del cielo en lengua mexicana* de fray Martín de León (1611),<sup>2</sup> en la que nombra abiertamente la palabra superstición y alude al retoño de “esas cosas” y en *Monarquía indiana* de fray Juan de Torquemada (1615), quien pensaba en cuanto a la veneración de los indios que era menor a la que tuvieron —antes de ser conquistados—, porque “o no hay tanta multitud como antes, o porque los que quedan están oprimidos y cansados con tantos trabajos y cosas que los afligen”.<sup>3</sup>

Fray Diego Durán, en su *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de tierra firme* —escrita entre 1579 y 1581—, pensaba “con vehemente sospecha” que debía de haber quedado “un olorcillo de alguna superstición en algunos que tienen gran afinidad con idolatrías”, por lo que había escrito ese tratado “con celo de dar aviso y lunbre a los ministros”.<sup>4</sup> Sin embargo, nunca puso en duda la devoción de los indios por la Madre de Dios que se celebraba en la Nueva España en septiembre —ya sabemos que tenía lugar

oficio (en el que con mucha devoción Cortés y otros comulgaron), estando el cielo sereno y a la vista de todos, “un cerro que aora dicen los Castellanos Tepeaquilla”, se comenzó a cubrir de nubes espesas y llovió tanto “que fue aquel año uno de los más abundantes que nunca tuvieron”, quedando, por un lado, “los idólatras confortados” y, por el otro, Moctezuma “muy espantado”.

<sup>2</sup> Fray Martín de León, O. P., *Camino del cielo en lengua mexicana*, México, Imprenta de Diego López Dávalos, 1611, p. 95-97.

<sup>3</sup> Fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana...*, v. 2, p. 357.

<sup>4</sup> Fray Diego Durán, en *Historia de las Indias...*, t. II, p. 224-225, advertía a los ministros la necesidad de estar atentos a posibles idolatrías provocadas, unas, “por el adversario sutil y mañoso” y, otras, por los relatos de “los viejos antiguos que todavía viven” que contaban a los mozos sobre la vida y costumbres de sus “padres, agüelos y antepasados”. Consideraba también que era imposible que una ley tan arraigada se olvidara “tan presto”, en tan solo 57 años de evangelización. Véase p. 156.

el día 8 de ese mes en la ermita de Tepeacac dedicada a la virgen de Guadalupe—. Se refirió explícitamente a la devoción al describir las antiguas fiestas de la veintena de Ochpaniztli que, hacia 1519, se llevaban a cabo en ese mes y que se dedicaban a las diosas Atlatonan, Chicomecóatl y Toci,<sup>5</sup> en las que se incluían batallas rituales, danzas y sacrificios humanos, sobre todo el de tres mujeres “ixiptla” de aquéllas —a la primera le extraían el corazón y a las otras dos las desollaban—, en agradecimiento por la renovación de la naturaleza y de la vida humana.

Según Durán, la ceremonia que dedicaban a la diosa del maíz “Chicomecoatl-Chalchiucihuatl-Xilonen” —representada por una moza de entre doce y trece años de edad— se celebraba “a quince de setiembre la qual fiesta era general en toda la tierra” y se caracterizaba por ser “regocijada” y “llena de ofrendas” de productos, especialmente cuando el año había sido abundante y fértil.<sup>6</sup> Por su parte, la fiesta para Toci, “madre de los dioses y corazón de la tierra”, dice el dominico que “era de las solennes que ellos tenían”, en la que demostraban gran devoción.<sup>7</sup> Creía que la unción de los indios novohispanos “al ofrecer sartas de mazorcas y sartas de chile y de rosas *el día de nuestra señora de setiembre*”, les quedó de “aquella costumbre” y manifestó, sin dudar, que esa ofrenda “ya estaba convertida en ofrenda de Dios y aplicada a su magestad”.<sup>8</sup>

<sup>5</sup> *Ibidem*, capítulos XIV y XV. Con respecto a Atlatonan, fue también mencionada por Sahagún en esa fiesta de Ochpaniztli en “Apéndiz del segundo libro”, en *Historia General...*, t. I, p. 280, y en la fiesta Tōxcatl dedicada a Tezcatlipoca, libro II, capítulo XXIV, t. I, p. 193. En el índice analítico de esta edición de la *Historia General...*, p. 1361, dicen los editores que Atlatonan era el nombre de una de las cuatro esposas de la imagen de Tezcatlipoca.

<sup>6</sup> Fray Diego Durán, *Historia de las Indias...*, t. II, p. 141-142.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 148.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 147. Subrayado mío.



Pocos años después de que fray Diego finalizara su tratado, el anónimo autor del llamado *Códice Ramírez* —se trata del jesuita Juan Tovar— escribía hacia 1587, con respecto a Toci, que era la principal de sus diosas. Fue portavoz del mito que relataba que ella había sido una hija del rey de Culhuacán, que le tocó jugar el papel de mujer de la discordia, porque era necesario un pretexto para que hubiera guerra entre mexicas y culhuacanos. La desavenencia se dio por la orden de Huitzilopochtli de que, entre otras cosas, ella fuera desollada, vaticinando que Toci “se ha de llamar mi abuela en el lugar donde hemos de ir a morar”. Este autor creía que con dar cuenta de “algunas figuras de estas diosas” se podían inferir las demás, “que todas —concluyó— eran casi de una suerte”.<sup>9</sup>

A Tonantzin, “madre del género humano”, se la llamaba también Cihuacóatl o “mujer serpiente” y, en tanto “diosa de la tierra”, era conocida, entre otros apelativos, como Ilamatecuhtli “noble vieja”.<sup>10</sup> Esto lo sostiene también Salvador Díaz Cíntora, a partir de tres obras básicamente sa-  
haguntinas —el *Códice florentino*, los llamados *Veinte himnos sacros de los nahuas*<sup>11</sup> y *Ritos, sacerdotes y atavíos de los dioses*—,<sup>12</sup> al afirmar que “la mayor parte de los textos nahuas que nos hablan de la diosa madre, nos la presenta con la piel arada de arrugas de una anciana”. Agrega que otra denominación para designar a la madre de los dioses era Te-teo Innan, conocida, asimismo, como Toci “nuestra abuela”,

<sup>9</sup> *Códice Ramírez. Relación del origen de los Indios que habitan esta Nueva España según sus historias*, México, Leyenda, 1944, p. 162.

<sup>10</sup> Así lo apunta, basado en los escritos de Sahagún, el galo Rémi Si-méon en su *Diccionario de lengua náhuatl o mexicana*, publicado en 1885.

<sup>11</sup> *Veinte himnos sacros de los nahuas*, versión de Ángel María Garibay, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, p. 65-76.

<sup>12</sup> *Ritos, sacerdotes y atavíos de los dioses...*, p. 128 y 129.

las que venían siendo “una sola diosa vieja”, “bajo estos y otros nombres”.<sup>13</sup>



Apoyado esta vez en Henry B. Nicholson y en Manuel Orozco y Berra, Díaz Cíntora propone que entre los nahuas existía también una versión joven de la diosa madre llamada Xochiquétzal “numen protectora del trato carnal”, que era diosa lunar y, en general, diosa celeste.<sup>14</sup> Por su parte, con base en los estudios de Krickeberg (1966), Seler (1961) y Thompson (1939), Yólotl González Torres ha considerado que Toci-Teteo Innan y Xochiquétzal eran deidades lunares por excelencia, la primera como luna vieja y la segunda como luna joven; también, que Toci era identificada con las asimismo lunares Tlazoltéotl y Mayahuel, y que la asociación de la luna con esta última y con otros dioses del pulque era muy fuerte.<sup>15</sup> Esa bebida acuosa, femenina y fría dependía de las fases de la luna, tanto en su ciclo de extracción-fermentación como en su mayor o menor afluencia, y estuvo presente en la mayor parte de las ceremonias de los templos, jugando, según esta autora,

<sup>13</sup> Salvador Díaz Cíntora, *Xochiquétzal. Estudio de mitología náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990, p. 7. Véase, asimismo, Rafael Tena, *La religión mexicana*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1993, p. 76-80, en el que el autor incluye al complejo Teteoínnan “madre de los dioses”, diosa madre universal, e incorpora, entre otras, a Tonantzin, Toci, Coatlicue, Cihuacóatl, Atlantonan, Tlazoltéotl y Xochiquétzal como parte del grupo de todos los dioses de la fertilidad agrícola y humana y del placer; asimismo agrupa, entre otros, al complejo de los dioses del maíz y al de los asociados con la luna.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 9, 14 y 19. A partir de esto sugerirá que la imagen joven de la virgen de Guadalupe, pintada por el indio Marcos, representaría a Xochiquétzal —la Venus de los latinos— y que esto fue “escatimado” porque hubiera llevado a la supresión de ese culto. Véase p. 59-60.

<sup>15</sup> Yólotl González Torres, “Algunos aspectos del culto a la luna en el México Antiguo”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, n. 10, 1972, p. 121-122.

un “importante papel en el ritual”,<sup>16</sup> como el que, resignificado, seguirá teniendo en el nuevo culto a la longeva Madre de Dios.<sup>17</sup>

<sup>16</sup> *Idem.*

<sup>17</sup> Al contar Heródoto sobre las fiestas solemnes de los antiguos egipcios, refirió la que hacían a la diosa “Artémide o Diana”, que tenía un famoso santuario en la ciudad de Bubastis, a donde todos iban en procesión en “numeroso gentío”, cantando y palmoteando, para ofrecerle el sacrificio de muchas víctimas, siendo tal la cantidad de vino que consumían que excedía con mucho a todo el que bebían “en lo restante del año”. Para los griegos, Artémida era diosa de la caza, de los animales salvajes, del terreno virgen y de los nacimientos; la identificaron con Selene, por lo que la representaban con una luna creciente sobre la cabeza. Para los romanos era Diana. Véase Heródoto, *Los nueve libros de la historia*, introducción de Edmundo O’Gorman, México, Porrúa, 1981, p. 77-78.